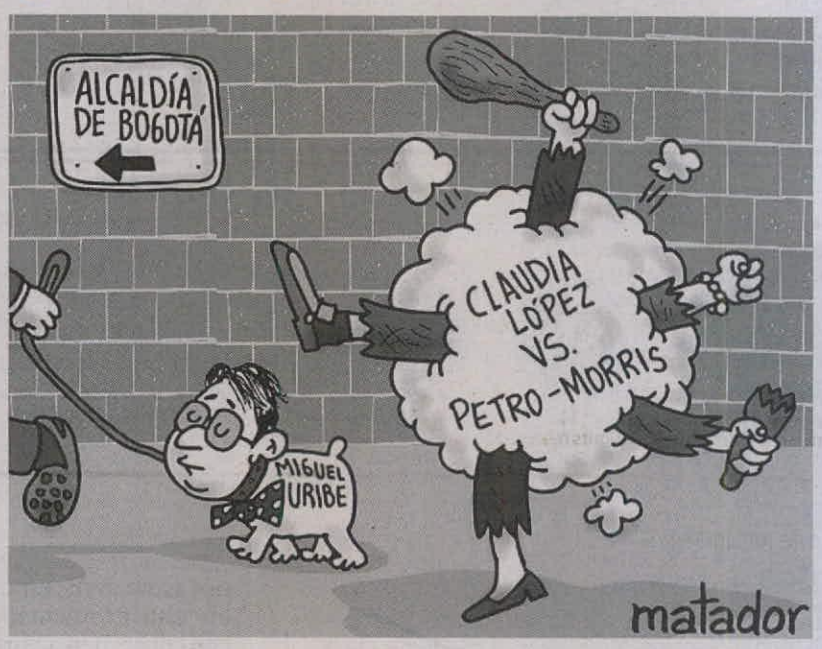
Opinión

EN CARICATURAS

Aprovechando la pelotera



No están de acuerdo

Embajador, general ¿y corrupto?

Debe muchas explicaciones

Salud Hernández-Mora

Son acusaciones muy graves de oficiales y suboficiales contra el nuevo embajador en Australia. Y no todas anónimas. Sería una vergüenza para Colombia que tenga que regresar de manera abrupta. El general Alberto José Mejía debe muchas explicaciones al país.

Porque es indignante que la corrupción y la guerra de unos pocos generales por poner en puestos clave a los de su combo arrasen con el honor de miles de uniformados que sacrifican vida, salud y familia por cuidarnos. Ya es hora de acabar con las cloacas de las FF. MM. que el gobierno pasado dejó crecer. Es ahora o nunca.

¿Se atreverá este ministro de Defensa a llegar hasta el fondo? ¿Y el general Navarro, ficha de Mejía? Lo dudo.

El valiente coronel Julio César Ramírez y otros oficiales y suboficiales aseguran que Mejía, quien fue máximo responsable del Ejército y de las FF. MM. con Santos, oculta sus irregularidades con plata y favores tipo agregado militar, así como con llamados a calificar servicios, basados en calumnias y montajes de la contrainteligencia. Pero dijeron 'no más' y están abriendo la caja de Pandora. Aquí va un abrebocas.

Empecemos por el aluvión de contratos de una protegida de Mejía, Carolina Rocha, su esposo y su hermano. Mencionaré unos cuantos.

Bogotá, Cantón Norte, septiembre de 2016: "Primera fase de construcción del Cuartel General del Comando Conjunto de Operaciones Especiales del Ejército". Monto: 2.720 millones de pesos.

Un año después, en el mismo cantón, gana la "adecuación de los parqueaderos de la Escuela de Caballería, primera etapa", por 937 millones. Aproveché un concurso hípico para ir con un ingeniero que analizó el espacio para 82 carros. Calculó el costo de adoquines, sardineles, pintura y lo poco más que hicieron. Sumó 223 millones. ¿Y el resto?

Ese contrato estaba unido al de "diseño y ejecución del mantenimiento y ampliación" del parque infantil del conjunto residencial Santa Ana, por 1.090 millones. Tuvo 5 prórrogas y una adición de 296 millones. También lo visitamos. El experto: no vale más de 700 millones.

Noviembre de 2015: le adjudican en Tolemaida la "adquisición de servicios de mantenimiento y adecuación de la planta de combustibles fase III para la Aviación del Ejército" por 5.956 millones de pesos. El coronel Ramírez afirma que no sirve.

Diciembre de 2015, Tolemaida. Dos más: adecuación de "escenarios de entrenamiento de obstáculos acuáticos para las Fuerzas Especiales", 570 millones, y "mantenimiento de las tiendas del soldado" por 642 millones.

A su hermano Juan Camilo le otorgaron "los diseños y la construcción del edificio de Ejércitos Americanos, CEA" por 2.379 millones.

Y al esposo, Enrique Maldonado, la "consultoría para estudios y diseños del Cuartel General del Comando Conjunto de Operaciones Especiales" por 479 millones de pesos.

Cambio de tercio: 12 suboficiales de inteligencia han demandado al Estado porque Mejía los mandó a "calificar servicios" sin causa justa. Estaban adscritos al Rimec, el centro que, entre otras tareas, espiaba a los gobiernos hostiles de países vecinos. A raíz de una publicación de *Semana*, en diciembre del 2017, contrainteligencia los investiga por corrupción. Los someten a polígrafo para averiguar, además de los robos de fondos reservados, presuntos seguimientos a Mejía y familia.

Un sargento asegura que los sometieron a tal presión que unos compañeros aceptaron que espiaban al general, aunque era falso y luego rectificaron. Mejía, que clausuró el Rimec con el beneplácito del exministro Villegas, posó de víctima de seguimientos y látigo de corruptos. Cierto que había gastos para informantes que acababan en bolsillos de generales ladrones. Pero quienes terminaron expulsados no eran las manzanas podridas. De hecho, la Fiscalía y la Procuraduría no hallaron nada. Y en el pasado, el propio sargento denunció casos de corrupción a contrainteligencia y no vio resultados. *Continuará*.

P. D.: ¿Por qué no averiguan los viáticos?

Tubo de ensayo

Thierry Ways

Pájaros de verano

Egan Bernal sabe algo que pocos saben: cómo se siente ganar un Tour de Francia. Pero no puede saber, pues su edad se lo impide, la alegría que nos produce a algunos ver a un colombiano alcanzar esa gloria tras 40 años de espera. Para eso tendría que haber pertenecido a una generación anterior, la que madrugó a ver a unos tozudos escarabajos, de un país que nadie conocía, disputarles la montaña a los europeos, amos y señores de la competencia. Con esporádicos triunfos que celebrábamos como si nos hubiéramos ganado la lotería.

Bernal representa una nueva era; representa, de hecho, un nuevo país. Las victorias deportivas en el viejo país eran gestas casi inhumanamente heroicas, simbolizadas por el rostro ensangrentado de Lucho Herrera desafiando los Alpes en 1985. Hoy, aunque el esfuerzo individual sigue siendo la razón del triunfo, es evidente que algo ha cambiado. La prueba de ello es que no solo en ciclismo de ruta estamos acumulando éxitos, sino también en ciclismo BMX, con Mariana Pajón; en tenis, con Cabal y Farah; en pesas, con Óscar Figueroa; en salto, con Caterine Ibargüen, y en otras disciplinas que omito por falta de espacio, para no hablar de tantos futbolistas colombianos fichados por los mejores clubes del mundo.

Y miremos más allá del deporte. ¿Quién de mi generación imaginó ver un día a un joven de Medellín cantando junto a Madonna? ¿Quién creería que otro se convertiría en uno de los artistas más influyentes del planeta? Maluma y J Balvin, entre otros, están prolongando el camino comenzado por Shakira y Carlos Vives y haciendo de Colombia una potencia mundial de la música popular del siglo XXI, como lo fue Cuba a mediados del XX.

Las inevitables omisiones -no he llegado al cine de Ciro Guerra, por ejemplo- confirman mi tesis: que estas no son golondrinas solitarias, de las que no hacen verano; este es el verano de verdad.

El esfuerzo y la genialidad bastan a veces para explicar el éxito individual, pero el éxito generacional requiere explicaciones más amplias. ¿Qué cambió en las tres décadas que separan a Lucho Herrera de Egan Bernal?

> Esa subienda de talento demuestra que, a pesar de nuestro pesimismo cotidiano, hemos avanzado mucho desde aquel sábado de 1985 en el que todos sufrimos por el descalabro alpino del Jardinerito de Fusagasugá.

En algo tenía que tener razón Carlos Marx; no podía equivocarse en todo. Su acierto fue entender que los valores, actividades y hasta sueños de una sociedad están determinados por las condiciones materiales de esta. No es coincidencia que esta bandada de golondrinas provenga de un país que dobló su PIB per cápita en lo que va del siglo (algo más o algo menos, según cómo se mida). Y en el que -como señaló el economista Adolfo Meisel en *El Espectador*- la estatura promedio de la población sigue en aumento: casi un centímetro más en las mujeres y 1,42 en los hombres nacidos entre 1985 y 2000. Ese indicador, sencillo pero elocuente, encierra en una sola cifra toda una historia de progreso social en múltiples frentes: salud, nutrición, primera infancia, etc.

No les resta mérito alguno a nuestros artistas y campeones que reflexionemos sobre las condiciones socioeconómicas en las que se apoya esta reciente fila de éxitos. Por el contrario, nos permite soñar con lo que podríamos alcanzar si nuestras condiciones se parecieran más a las de sociedades más desarrolladas, pues todo indica que en los brazos, piernas y mentes de muchos compatriotas hay un singular potencial que irrumpe explosivamente apenas cuenta con el sustrato adecuado. Aun en medio de nuestras falencias, mientras estábamos ocupados peleándonos por Uribe, Santos y las Farc, en la sombra crecía una generación de atletas y creadores a quienes por fin les llegó su turno al sol. Esa subienda de talento demuestra que, a pesar de nuestro pesimismo cotidiano, hemos avanzado mucho desde aquel sábado de 1985 en el que todos sufrimos por el descalabro alpino del Jardinerito de Fusagasugá.

@tways / tde@thierryw.net

Libros sin fronteras

Barataria

Juan Esteban Constaín

El viernes pasado fui a cumplir, por fin, una cita que había pospuesto durante muchos meses -años, quizás-, y que nunca pude honrar antes porque la vida es así y los días y las demás cosas se van atravesando para impedir, tantas veces, que uno se encuentre de verdad con lo importante, con lo que sí vale la pena. Hasta que el viernes fui por fin, y fue una de las experiencias más felices y aleccionadoras que he tenido.

La idea era visitar una de las cárceles que hay en Bogotá, y en las que la Secretaría de Seguridad del Distrito y la Red de Bibliotecas (Biblored) organizan cada tanto un encuentro entre los reclusos y algún escritor o escritora que va y habla con ellos sobre su obra, sobre libros, sobre lo que quiera. Suena paradójico decirlo así, pero es ese un espacio de libertad para todos los que llegan a él. Los de adentro y los de afuera.

En mi caso, estuve en la URI de Puente Aranda, en donde hay gente que está a la espera de que el Estado le resuelva su situación judicial, lo cual puede significar, en este país, un larguísimo periodo de incertidumbre y parálisis. Por eso, y para todos los efectos, según pude darme cuenta, esa URI funciona en verdad como una cárcel, con todo lo que ello significa, que por supuesto es duro, dramático y difícil.

Y sin embargo, a pesar de los rigores del encierro, que en Colombia son quizás mayores y más opresivos, ya lo sabemos, y sin embargo, cuando se abren las puertas de esas bibliotecas, es también como si se abrieran las de una forma de la libertad y la imaginación que allí, en ese contexto, tienen aún más sentido y belleza. Como si cada libro que las puebla fuera, y lo es, una ventana y un pedazo de luz, un camino de evasión, tal cual.

Yo estaba allí, claro, para hablar, pero me fui dando cuenta de que estaba allí sobre todo para oír y escuchar, para aprender. En una conversación inagotable (ojalá lo hubiera sido un poco más; ojalá lo fuera, aunque quedan los libros, que no son otra cosa) en la que nos paseamos por todos los temas posibles: desde la Selección Colombia hasta la *Odisea*, desde el Bicentenario de la Independencia hasta el proceso de paz.

Y hay en la cárcel una especie de regla implícita que puede sonar terrible y contradictoria, sobre todo en Colombia, sobre todo en una URI, pero que es también muy sana, acaso la única que tiene sentido para todos allí. Esa regla es que nadie juzga a nadie -el valor supremo de la amistad, según Maqroll el Gaviero- y nadie pretende tampoco obviar la suma de fatalidades o errores y horrores que los puso a todos en ese lugar. No.

Porque además, ya digo, es como si al entrar en ese espacio feliz de la biblioteca, los reclusos salieran; como si el mundo fuera otro de golpe, qué mejor definición de la lectura que esa. Libros de crónicas, cuentos, novelas, poemas, filosofía: el milagro latente, siempre allí, de una página que pueda encontrar por fin la mano que le dé vida, la mano y los ojos y el alma; balsas atracadas en esa orilla, meciéndose, hasta zarpar.

Al final de mi charla me dijo un muchacho que qué libro les recomendaba. Pregunté si ya tenían en esa biblioteca *El conde de Montecristo*, si ya lo habían leído. Se miraron todos, me dijeron que no; todavía no. Les resumí entonces algo del argumento y la trama de esa obra maestra de Alejandro Dumas padre en la que Edmundo Dantès, magnífico, logra escaparse del castillo de If, la peor prisión de su tiempo.

Alguien me dijo otra vez algo sobre el bicentenario. Le dije que la historia no está solo en el pasado sino también en el futuro y que hay que escribirla, por qué no.

Mónica, la directora, me preguntó que dónde ponían *El conde de Montecristo* cuando lo compraran. Le dije la verdad: "Va en autoayuda".

catuloelperro@hotmail.com